

# ENRIQUE ESPÍN YÉPEZ: ATISBOS DE UNA VOCACIÓN

**SAMUEL MÁYNEZ CHAMPION**

**Q**uito, República del Ecuador, 1944. El mundo ha recorrido los telones del teatro más macabro de la historia y la música ha sobrevivido aunque no todos sus feligreses hayan quedado incólumes. El violinista de origen judío Henryk Szeryng ha podido escapar de la Europa en perenne autodestrucción y ha llegado al continente americano para preservar la propia vida y la de los miles de sobrevivientes a los que México les abrió la puerta y les concedió el extraño privilegio de no saberse perseguidos. La gratitud emanada por el asilo será una fuente inagotable de motivación para el joven violinista que recorre ahora el “Nuevo Mundo” en aras de transmitir el mensaje de belleza que hermana a los espíritus y que aplaca a la bestia que el ser humano tristemente lleva consigo. Su violín canta ahora con más euforia que nunca y su arco lanza flechas incandescentes al espacio sonoro de nuevos públicos y nuevas latitudes. Sus conciertos para la ciudadanía quiteña abrirán círculos inmensos, de los que todavía hoy (en pleno siglo XXI)–como las ondas concéntricas del agua al recibir el impacto de una piedra–subsisten los últimos, débiles ecos.

Entre los asistentes a sus conciertos se encuentra otro joven violinista con ansias de ponerle alas a su vocación y de ampliar sus horizontes vitales. Este muchacho de 18 años es hijo de músico y sabe que el autoexilio está emparentado con la superación musical que pretende para sí mismo. Buenos Aires tiene



Enrique Espín Yépez

mejores andamiajes culturales que su patria y parece ser la solución más a su alcance, pero el vibrato de roble y la afinación inmaculada del ya célebre polaco le cambiarán el destino para siempre.

El joven en cuestión se llama Enrique Espín Yépez, y se convertirá –como su principal misión en la vida– en uno de los paladines de la “Escuela Mexicana del Violín” que tratará de consolidar Szeryng más adelante. Difícil predecir para el eximio violinista que el asedio de ese muchacho iba a gestar tantos acontecimientos para ambos: una convivencia íntima, la herencia de una genealogía musical y el traspaso –30 años más adelante– del violín Ceruti construido en Cremona en 1801, con el que el virtuoso había hecho su debut profesional a los catorce años de edad en enero de 1933. Aquel primer concierto como solista de la Filarmónica de Varsovia había estado preñado de augurios y promesas, por lo que es imprescindible abrir un paréntesis para recordar que el año de 1933 coincide con la aparición pública de la doctrina Nazi que había clavado definitivamente su aguijón venenoso sobre el pueblo germánico –considerado tradicionalmente como el más culto de la tierra– y que a los judíos les estaba reservado el acceso a ese círculo infernal del aniquilamiento casi total de su raza. El gran pedagogo Carl Flesch –igualmente de extracción hebrea y maestro de Henryk– había decidido que el concierto para el debut de su talentoso alumno fuera el de Johannes Brahms pues en ese año se celebraba

también el centenario del natalicio del compositor de Hamburgo y podía ser una cachetada sonora para la prepotencia del totalitarismo alemán, que un “insignificante” judío se apoderara del espíritu brahmsiano e interpretara ese concierto – uno de los más teutónicos de la literatura violinística– como un verdadero titán.

Como epílogo de esa época infausta y recuento de los daños sufridos en carne viva hay que mencionar que el maestro Flesch fue arrestado por la Gestapo y logró salvar la vida gracias a la mediación de Wilhelm Furtwängler (director de la Filarmónica de Berlín); el padre del joven violinista pereció en el ghetto de Varsovia, los bombardeos consumieron en llamas las composiciones hechas por Henryk en París y la existencia de éste se ligaría para siempre con el concierto op. 77 de Brahms (soñaría toda la vida con morir tocando esa obra Hercúlea, ciclópea y de índole cósmica).

Volviendo al centro del mundo y al año de 1944, quiso la historia que la visita del gran violinista fuera simultánea a los levantamientos civiles para derrocar al tirano en turno –el Presidente Arroyo del Río– y que se diera un cautiverio forzado para Henryk, quien tuvo que permanecer varias semanas en el Ecuador. De esa manera se concretó el



Henryk Szeryng y Enrique Espín Yépez

ofrecimiento para impartirle lecciones en México a su tocayo ecuatoriano.

Con el devenir de los años Henryk Szeryng se transformó en uno de los violinistas más respetados del siglo XX, especialmente admirado por su infalibilidad musical y memoria sobrehumana. Ganador en varias ocasiones del “Gran Prix du Disque”, poseedor de pasaporte diplomático mexicano –conferido por sus invaluable contribuciones en pro de la difusión de la música mexicana– dueño de valiosísimos instrumentos (un Stradivarius que regalaría al pueblo de Israel, un Andrea Guarnerius que sería también donado a los violinistas mexicanos y su maravilloso Guarnerius del Gesù de 1734 apodado “Leduc”) y de varias residencias (en Monte Carlo, París y en el antiguo pueblo de San Angel en la Ciudad de México).

Su oído privilegiado le permitió dominar 8 idiomas con una fluidez asombrosa, mismos que practicaba constantemente durante sus 150 conciertos anuales en los cinco continentes.

Por otro lado, la vida de Espín Yépez caminó invariablemente por senderos acotados por el embajador Szeryng, quien fungió como su mentor y preceptor existencial, y así abandonó para siempre su tierra natal para establecerse definitivamente en México. Sus sueños solísticos debieron de evolucionar hacia la pedagogía y la composición musicales.

Recibió clases de orquestación de Manuel M. Ponce y fue alumno de Rodolfo Halfter. Pudo estudiar durante un breve periodo en Alemania bajo la guía del compositor Rudolf Petzold aunque nunca logró dedicar toda su energía a la creación musical. Las bellas melodías que anidaban en su interior por lo general debían esperar a que las arduas jornadas como maestro concluyeran y que las exigencias de la vida familiar –fue patriarca de una familia numerosa, procreada con una mujer mexicana dueña de la típica mezcla de fortaleza y abnegación que las caracteriza– estuvieran sosegadas, y esa espera muy a menudo era postergada.

La gran paradoja es que el maestro Espín siempre quiso emular al insigne maestro Szeryng, dejando a los márgenes del azar su talento para



Samuel Máynez Champion y Henryk Szeryng

la composición, sin considerar que nadie es emulable,

¿Dónde se originan las escisiones vocacionales que impiden oír con claridad los llamados interiores?... ¿Dónde radica la convicción para entregar la vida a un ideal que se antoja inalcanzable?...

La respuesta tiene el perfil de una quimera.

Lo cierto es que ambos personajes se ganaron la inmortalidad, uno con sus grabaciones y el otro con su obra musical, que empezará ahora, decantado el pasado, su lento proceso de afirmación universal.

El maestro Espín fue un compositor de innegables dotes musicales que incorporó en sus partituras el alma de su patria de una manera absolutamente coherente con los movimientos nacionalistas. Dejó una *Rapsodia Ecuatoriana* para piano y orquesta como reflejo de su aprendizaje con Ponce, una *Suite para cuerdas* en Fa mayor “Del Yaraví”, un par de cuartetos de cuerdas, danzas o pasillos ecuatorianos e innumerables canciones de corte más popular.

Es lamentable que su música no esté editada y por ende que no se haya difundido ni grabado con la pertinacia que merecería. Es un veneno de deleite para los melómanos y para los músicos que se quieran acercar a ese acervo.

Debo decir, en honor a la verdad, que el Instituto Nacional de Bellas Artes, el Consejo Nacional para la Cultura y la Artes y la Secretaría de Relaciones Exteriores concedieron su apoyo



Samuel Máynez Champion y Enrique Espín Yépez

para patrocinar la gira del Ensemble Kalevala – hoy Alauda Ensemble– en Marzo del 2001 a la hermana República del Ecuador. Ese viaje tuvo como eje central la difusión de la obra del maestro Espín así como el estreno de mucha música mexicana desconocida en ese país. Los foros a los que tuvo acceso el actual Alauda Ensemble proporcionaron la entrañable satisfacción de suscitar los mejores sentimientos de los ecuatorianos al descubrir que su propia música, compuesta por un “Hijo Pródigo”, está a la altura de la de cualquier compositor, sin que importe su procedencia.

Debo aclarar que el viaje mismo fue motivado por la grabación de un par de obras del desaparecido maestro que el Ensemble grabó en 1999 y que llamaron la atención de inmediato.

Es imperativo subrayar que las complejas condiciones económicas y socioculturales por las que atraviesa el país andino, son la consecuencia del eterno vasallaje hacia la codicia y los intereses de minorías y no de la extinción de sus canteras humanas que siguen llenas de soñadores, poetas y ciudadanos afables. El mejor antídoto contra los embates de la globalización económica es la indeclinable aspiración de que nuestras naciones se conviertan en las potencias culturales que llevan implícitas en sus entrañas y en su historia. (exégesis de una frase de Benjamín Carreón, conocido escritor ecuatoriano).

Nuestra música es la mejor prueba de ello,

decidámonos a oírla sin los prejuicios de una educación hiperracional y extranjerizante.

El violín Ceruti de 1801 regresó a Quito en esta ocasión sobre mi hombro para cerrar ese círculo de varias décadas y bosquejar la apertura de otros más, insólitos, como nuestra naturaleza humana: un joven militar se me acercó con lagrimas en los ojos para decirme, después de uno de nuestros conciertos, que él desde niño había sentido fascinación por la música y que le gustaría mucho aprender a tocar el violín. Titubeante me interpeló –“¿no será demasiado tarde para mí?...¿me permitiría sostener en las manos, aunque sea por un segundo, ese violín de tan ilustre linaje?...”

*Mayo del 2001, Ciudad de México*

#### Colofón:

El ya citado instrumento construido en 1801 pasó a mis manos en 1989, pero para sorpresa de todos resultó un instrumento apócrifo (Cremona Dixit). El inolvidable maestro Szeryng murió en Kassel unas horas después de haber interpretado con su infalibilidad consabida el concierto en Re mayor de Johannes Brahms. El maestro Espín no alcanzó a oír todos los aplausos que su música ha generado en el inconsciente colectivo. La supuesta “Escuela Mexicana del Violín” sigue dando tumbos para reconocerse como tal a pesar del esfuerzo reiterado de nuestras escuelas de música y de la incorporación a nuestras filas de distinguidos profesores de muy diversas nacionalidades. ☘

---

#### **SAMUEL MÁYNEZ CHAMPION**

Violinista, profesor titular del Conservatorio Nacional de Música. Egresado de la Escuela de Música de la Universidad de Yale y del Conservatorio Giuseppe Verdi de Milán. Ha actuado como solista con las Orquestas Sinfónica Nacional de México y Finlandesa de Yubaskula y en escenarios como La Scala de Milán, el Lincoln Center de Nueva York y la Chartreuse de Avignon. En 1996 fundó el Ensemble Kalevala, integrado en su mayoría por sus propios alumnos. Paralelamente a su actividad musical se dedica también a la creación literaria.

samaych@hotmail.com